

CAPITULO III.

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA
É INGLATERRA.

Castellamare, Mayo de 1875.

La lentitud con que la República se organiza en Francia, tiene una ventaja, la seguridad de su duración; pero tiene una desventaja, el cúmulo de dificultades opuestas por los partidos monárquicos á que la República sea una verdadera República. Después de haber convenido en el principio esencial, se asustan de sus legítimas consecuencias. La organización de los poderes debe para toda República regularse en términos que el poder legislativo no quede nunca á merced del poder gubernativo. Pues los conservadores de Versalles quisieran proceder de suerte que la República fuese una especie de

CAPITULO III.

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA
É INGLATERRA.

Castellamare, Mayo de 1875.

La lentitud con que la República se organiza en Francia, tiene una ventaja, la seguridad de su duración; pero tiene una desventaja, el cúmulo de dificultades opuestas por los partidos monárquicos á que la República sea una verdadera República. Después de haber convenido en el principio esencial, se asustan de sus legítimas consecuencias. La organización de los poderes debe para toda República regularse en términos que el poder legislativo no quede nunca á merced del poder gubernativo. Pues los conservadores de Versalles quisieran proceder de suerte que la República fuese una especie de

monarquía constitucional con rey por siete años. No lo consentirá la Cámara, y la República, sin identificarse por completo con nuestro ideal, se apartará mucho de la presente realidad. La cuestión más grave es la relativa á las leyes electorales. La elección por distritos y la elección por provincias se dan aquí, en este problema capitalísimo, una batalla campal. Los conservadores y los monárquicos quieren la elección por distritos; los republicanos de todos matices quieren la elección por departamentos ó provincias. El gobierno de la República, decidido á seguir en todo á los enemigos de la República, piensa en hacer de la preferencia por los distritos una cuestión de Gabinete. Pero hay optimistas empeñados en anunciar que tal cuestión de Gabinete no se planteará y que el ministerio irá donde lo lleven. Desde luego es síntoma favorable á estos anuncios el haber cedido á que la discusión de la ley sobre relaciones entre los poderes públicos se empeñara antes que la discusión de la ley sobre sistema electoral. Y aun hay quien cree más, aun hay quien cree que el mariscal Mac-Mahon, en su resolución de observar literalmente el programa, que consiste

en cumplir todos los acuerdos parlamentarios, tiene reservado al presidente de la Cámara el íntegro duque de Audriffet-Pasquier, para el caso de que el presidente del Gobierno, Mr. Buffet, se anulase por su tenacidad en sostener la preferencia á los distritos, sólo favorable para los borbónicos y los bonapartistas. Yo me alegraría de la continuación del ministerio, sin ser amigo, ni mucho menos, de su actual presidente. Y me alegraría porque temo á la vulgar impresionabilidad de los nerviosos campesinos franceses, que forman la mayoría de la nación, y que aterrados en la anterior República por los fuegos artificiales de las escuelas socialistas, nos trajeran la calamidad del Imperio. En pueblo tan mercantil, industrial, económico y trabajador como el pueblo francés, los cambios frecuentes de Gobierno quebrantan los intereses, y el quebranto de los intereses enjendra reacciones destinadas á fundar la estabilidad. No nos equivoquemos. El sofisma «post hoc, ergo propter hoc;» este sofisma, que relaciona los efectos de causas lejanas á los hechos inmediatos, se halla arraigadísimo en los pueblos. Como ahora ha venido la disminución

política y material de Francia, la paz desastrosa, la pérdida de Alsacia y Lorena, el pago de los veinte mil millones de rescate, la agravación de los tributos, el malestar consiguiente á tal cúmulo de desgracias, los pueblos no atribuyen todo esto á su verdadero origen, al Imperio; lo atribuyen á lo que tienen más cerca, á la República. Id á decirle al ignorante que la tierra se mueve y que gira en torno del sol; id á decirle que la luna es de los astros más pequeños y que el punto casi imperceptible de luz perdido en la inmensidad, la estrella lejana es ó un lumínar tan ardiente como el astro del día, ó un planeta tan grande por lo menos como nuestro planeta. Hay muchos que sienten la Naturaleza y no la conocen: hay muchos que sienten y no conocen la política. Y por una fatalidad frequentísima en la historia, los males mismos sembrados ayer por el Imperio, dañan hoy á la República, pues no pueden los gobiernos tomar la herencia de sus antecesores á beneficio de inventario. Me asustan esas manifestaciones bonapartistas frequentes que se desahogan por un símbolo tan baladí como violeta, recordando los amargos frutos entre nosotros dados por un

símbolo no menos ligero, por otra flor, por la flor de lis. En Europa las cosas pasan al revés de América. Allí todo conspira por la República, y todo conspira aquí por la Monarquía. Las Repúblicas allí pueden atravesar toda suerte de enfermedades sin ver atacada su robusta constitucion fundamental; y las Repúblicas aquí no pueden pasar por un leve resfriado sin exponerse á la muerte. Por eso los corazones de los verdaderos republicanos se conmueven aquí al menor viento que deba pasar por las Repúblicas nacientes, como las entrañas de una madre pródiga por el menor cambio que pueda experimentar el aire en torno de la cuna de su hijo recién-nacido. Y hace pocos días ha pasado en París extraña escena que aterra. Los jesuitas han promovido una manifestacion. El arzobispo la ha presidido. Era una asamblea de católicos ultramontanos. En ella se han condenado nuestros progresos, nuestros derechos, nuestra ciencia, nuestra civilizacion, y se han sostenido las ochentas proposiciones del *Syllabus*, encaminadas á hundirnos en el infierno de la Edad media. ¿Sabéis quién formaba el núcleo de la reunion, quién llevaba la voz cantante, quién decia

Las proposiciones más exageradas, quién pronunciaba los discursos más ardientes? El ejército, los jefes de la guarnición de París. Así no extrañareis que la prensa se extravíe en país donde hay tantos extraviados. ¡Y que un diario monárquico diga estas terribles palabras respecto á la guerra! Por la corriente primavera nos hemos salvado en una tabla, gracias á la intervencion del emperador Alejandro de Rusia, fiado en nuestra futura prudencia. Si imitando el ejemplo de España restablecemos la Monarquía, habrá paz. Pero si continuamos en República, los tres emperadores del Norte se lanzarán sobre nosotros y borrarán á Francia del mapa de Europa. ¿Qué os parece de ese patriotismo? ¿Dónde estais aquí, Wassingthon, Bolívar, Juarez, que sabiais desafiar á todos los poderes del cielo y de la tierra por salvar la democracia, la libertad y la República?

Es mal gravísimo para la causa republicana en Europa que nacion tan parlamentaria y tan libre como Inglaterra uniera sus libertades y su Parlamento á la institucion monárquica y á otras instituciones feudales. Como quiera que suceda en las ciencias políticas algo de lo que sucede en las cien-

cias naturales, á saber, la superioridad del criterio experimental sobre los demás órganos del conocimiento, los eclécticos europeos se han aferrado al ejemplo de Inglaterra, sino para demostrar la compatibilidad entre la democracia y la monarquía para demostrar la compatibilidad entre la Monarquía y la libertad. Pero realmente la supervivencia de la Monarquía inglesa está unida fuertemente á un carácter que los ingleses aman sobre todos sus caracteres, á la originalidad.

La República les procuró inolvidables dias de gloria; Cronwell fundó verdaderamente la prepotencia inglesa; su figura austerísima, como todas las grandes figuras históricas, va creciendo á medida que va sobre ella pasando el tiempo. Pero los ingleses tienen formal empeño de conservar su individualidad original hasta en la historia; y no sacrificarán la vieja Monarquía ni á la lógica inflexible, ni á la universalidad de ideas á que prestamos culto nosotros los latinos, raza de filósofos, raza de poetas, raza de artistas. Y para más conservar su originalidad los políticos ingleses que pertenecen á ciertas escuelas allí verdaderamen-

te nacionales, han predicado la más completa abstención respecto á todos los asuntos continentales que no se relacionen estrechamente con la libertad de su marina ó la libertad de su comercio. Así han dejado últimamente que Austria y Prusia sacrificáran á Dinamarca; y luego que Prusia se volviera contra Austria para lanzarla de la Confederación germánica y contra Francia para destituirla de su antigua hegemonía europea. Contra esta política van levantándose un poco, gracias á recientes desengaños. En esta primavera, cuando los rumores de guerra comenzaban, el Gobierno inglés se conmovió profundamente y notificó á Berlín que estaba resuelto á proponer sus buenos oficios para conservar la paz. Por cierto que mientras los órganos del Imperio germánico negaban á una y en coro que Prusia hubiera mostrado inquietud por los armamentos de Francia, Lord Derby declaraba en la Cámara alta que el embajador alemán había tenido encargo expreso de participarle estos recelos, y de decirle que la nueva organización del ejército francés amenazaba á la tranquilidad europea. Esta aseveración del ministro inglés ha causado tan profundas y tan

contrarias sensaciones así en los ánimos como en los mercados, que Prusia ha debido rectificarse á sí misma, y aseverar la existencia de su recelos, pero negando que llegáran en importancia hasta provocar un caso de guerra. En estas, el *Times*, el órgano tradicional de la ciudad, declara que desde hoy los asuntos de Francia le interesan al pueblo inglés tanto como los asuntos de Inglaterra. Al oírlo se vuelve furioso el órgano de Bismarck y dice que es una manera bien cándida de consolarse por la pérdida irremediable de una antigua influencia europea. A estas palabras despreciativas han respondido los ingleses diciendo, que son hoy el pueblo más rico de Europa y que podrían ser mañana el pueblo más poderoso. También á esto han opuesto amarga ironía los órganos de Prusia. Pero un sesudo periódico inglés ha mediado en la contienda y ha dicho que Inglaterra no podría poner en pie de guerra esos millares de hombres reunidos hoy, disciplinados hoy por los grandes pueblos. Pero su alianza podría ser decisiva ofreciendo como ofrecería á la nación amiga cien mil hombres de tropas cuyos huecos llenaría con grande facilidad, y el nervio de la

guerra, el oro que deberían procurarle sus inmensas riquezas.

Indudablemente. Si Inglaterra se decidiera á una liberal y activa política, aún podía pesar con grande pesadumbre en los destinos de Europa.

CAPITULO IV.

LAS TRANSACCIONES POLITICAS EN FRANCIA.

A medida que los horizontes de España se oscurecen y las cuestiones de España se agravan, acláranse los horizontes de Francia, y se resuelven sus cuestiones. Grave crisis hemos atravesado en estos momentos; y glacial terror imponía esa crisis. Las leyes constitucionales, que consagraban definitivamente la República, habían sido votadas, cuando aparece de súbito dificultad gravísima; la organización de la segunda Cámara. Siempre fué asunto de gran litigio en la política francesa el asunto de las dos Cámaras. Los monárquicos, apasionados hasta el delirio de semejantes divisiones en el poder legislativo, organizaron su segunda Cámara, la alta, de tal suerte, que dieron oca-

guerra; el oro que deberían procurarle sus inmensas riquezas. Indudablemente. Si Inglaterra se decidiera á una liberal y activa política, aún podía pesar con grande pesadumbre en los destinos de Europa.

CAPITULO IV.

LAS TRANSACCIONES POLITICAS EN FRANCIA.

A medida que los horizontes de España se oscurecen y las cuestiones de España se agravan, acláranse los horizontes de Francia, y se resuelven sus cuestiones. Grave crisis hemos atravesado en estos momentos; y glacial terror imponía esa crisis. Las leyes constitucionales, que consagraban definitivamente la República, habían sido votadas, cuando aparece de súbito dificultad gravísima; la organización de la segunda Cámara. Siempre fué asunto de gran litigio en la política francesa el asunto de las dos Cámaras. Los monárquicos, apasionados hasta el delirio de semejantes divisiones en el poder legislativo, organizaron su segunda Cámara, la alta, de tal suerte, que dieron oca-

sion á innumerables burlas en pueblo tentado de la risa y amigo de herir á sus enemigos con el arma cortante de su finísima ironía. Los republicanos á su vez, harto apasionados de las tradiciones revolucionarias, recordando que los derechos del hombre habian sido proclamados por Cámara única, y por Cámara única fundadas las instituciones republicanas, han elevado la unidad del poder legislativo á dogma capital de su política. Mucho trabajo costó á la extrema izquierda separarse de principio mantenido durante largos años; y algunos de los menos transigentes y más apasionados declararon su resolución de no abandonarlo jamás. Pero, al cabo, acariciaban propósito firmísimo, el propósito de salvar la República á costa de los mayores sacrificios, aquellos republicanos imbuidos de la necesidad de una transacción y aleccionados por larga y dolorosísima experiencia. Así es que las leyes constitucionales pasaron, y pasaron abiertamente por el voto de la izquierda, á pesar de sostener en sus artículos el principio de la consagración de dos Cámaras.

Mas nada se habia conseguido, absolutamente nada con estas declaraciones; falta-

ba lo esencialísimo, faltaba la organización que debía darse á la segunda Cámara. Aquí la dificultad y aquí el peligro. Los monárquicos, irritadísimos, padeciendo del achaque comun á todas las escuelas vencidas, del pesimismo, decidieron proceder de suerte en la cuestión del Senado que cayeran por su propio peso las leyes constitucionales y se derrumbara con ella la institución que las corona y las remata, la República. La izquierda decide también mantener como principio esencial á su sistema el principio republicano de elección de todas las magistraturas, y el principio democrático del sufragio universal. A este fin propuso una enmienda, en la cual, si bien se exigían ciertas condiciones de edad y de posición para ser senador, se entregaba su nombramiento al mismo cuerpo electoral que nombra los representantes de la Cámara popular. Con seguridad la izquierda defendía este principio más por salvar su propia consecuencia que por establecerlo en las leyes. Y sin embargo, merced al pesimismo de los monárquicos, merced á las maniobras de los imperialistas, eternos perturbadores de toda República, merced á otras concausas; la en-

mienda de la izquierda ganó una inmensa mayoría; victoria cara á los mismos vencedores.

En cuanto se publicó el resultado, soltaron los monárquicos el torrente de sus iras. Declarada la República, dijeron á una, la consecuencia es inevitable; el triunfo de los radicales inmediato, los gobiernos conservadores imposibles. Ahí lo teneis, decian principalmente al mariscal Mac-Mahon, ahí lo teneis claro como la luz del mediodía. Un Senado elegido por las muchedumbres será un Senado de demagogos. En vez de escudaros contra la revolucion atraerá sobre vuestra cabeza inmediatamente sus rayos. No hay dogma bastante fuerte contra la ola ascendente. No hay poder bastante prestigioso para conjurar el peligro. De la República conservadora caerémos en la República radical; de la República radical caerémos en la República roja. Y vendrá en la tempestad á recoger el pingüe patrimonio de esta herencia de errores la comunidad revolucionaria de París con sus expoliaciones y sus incendios.

Así hablaban todos los monárquicos para apagar el ideal salvador de los republica-

nos. Afortunadamente en estas graves cuestiones parlamentarias hay dos hombres que representan papeles opuestos y que llegan á los mismos resultados. Es el uno de la derecha y el otro de la izquierda. Es el uno monárquico de tradicion y el otro republicano de convencimiento. Es el uno Wallon y el otro Gambetta. Ambos á dos sienten ardoroso patriotismo, y ambos á dos conocen la realidad y sus imperfecciones. Wallon hace todo lo posible por llevar sus amigos los conservadores á una solucion republicana, y Gambetta hace todo lo posible por llevar á sus amigos los radicales á que rodeen la solucion republicana, su ideal y su victoria, de firmes contrafuertes conservadores. Wallon pertenece á la enseñanza y ha brillado en la Sorbona. Su libro sobre la *Historia de la esclavitud en la antigüedad* es uno de los más perfectos libros de nuestra época y merecerá bien pronto, cuando el tiempo le haya prestado su color, el título de libro clásico. No hay nada que despierte el ideal en la mente como los estudios y las enseñanzas históricas. Gambetta, á pesar de sus extraordinarios talentos, no ha podido consagrarse ni á la literatura ni á la histo-

ria. El inmenso trabajo político á que está consagrado, demanda todo su tiempo y todas sus facultades. Pero, amando como pocos hombres el ideal, conoce y mide con exquisito sentido la realidad y sus insuperables dificultades. Wallon ha ido pues, desde el partido radical á conceder á la República todo cuanto exige hoy el estado de la democracia francesa, y Gambetta ha ido tambien por su camino á conceder al Gobierno conservador cuanto exigen las necesidades universalmente sentidas de orden y de estabilidad. Estos dos hombres han salvado la República y salvando la República, han salvado tambien á su patria, amenazada por la restauracion monárquica de grandes tiranías y del amargo fruto que la tiranía produce, de cruentísimas guerras.

El pacto se ha escrito, la transaccion se ha consumado; como se escribió un pacto y se consumó una transaccion allá en el terreno de las leyes constitucionales y en la definitiva proclamacion de una República conservadora. Los senadores no serán elegidos por el mismo cuerpo electoral que elige á los diputados. Pero serán elegidos por el sufragio universal. Este sufragio universal

será, sin embargo, directo, será de dos grados; porque elegirán á los senadores los elegidos del sufragio, los Ayuntamientos, las Diputaciones provinciales y ciertos compromisarios. Esta manera de elegir el Senado se copia á la letra de la Constitucion española de 1868, Constitucion que, despojada de sus artículos monárquicos, queda como un código perfectamente democrático. Una diferencia habia sin embargo, entre unos y otros diputados conciliadores. La diferencia consistia en que la derecha reclamaba el nombramiento de ochenta senadores por la autoridad del Presidente. Tal condicion lo desconcertaba todo. La izquierda de la Cámara podrá llegar á todos los sacrificios menos al sacrificio de su conciencia. Y hasta tal extremidad se facilitó una transaccion. Los moderados de la derecha presididos por el sábio y patriota Wallon corrieron á ver al Presidente, y le arrancaron la renuncia á la designacion de los ochenta senadores, traspasando tal facultad á la Cámara. El ministro del Interior lo comunicó á la Comision de leyes constitucionales, y se aceptó por consiguiente esta modificacion.

Faltaba el llevar al pacto los diputados

de la extrema izquierda. Gambetta se encargó de esta obra meritoria. Para decidir á los indecisos no hay cosa como decidirse uno mismo. Así Gambetta se levantó, y sin ambages, dió cuenta de su idea, pedir algunas modificaciones al proyecto de la alta Cámara presentado por Wallon; pero si no las obtenia votarlo resueltamente, y votarlo con la persuasion de que prestaba inmenso servicio á su patria, y por lo mismo, satisfacía á su conciencia. Parece imposible; pero fué el más reacio en este momento supremo un diputado respetable por su espíritu conciliador y por su política templada, el diputado Grevy. Cuando sostubo á Thiers, cuando presidió la Asamblea de Versalles, cuando fué coartícipe de aquella sangrienta represion, llevada á cabo sin piedad en París despues de la terrible rota de los comuneros; no estaba en mi sentir autorizado Grevy para inclinarse en este trance á los extremos y formar al lado de los intransigentes. La calorosa elocuencia, la comunicativa persuasion, los esfuerzos perseverantes de Gambetta lo arrastraron todo, conmovieron á todos, y la izquierda votará el Senado, y votando el Senado salvará á su patria de una

crisis tremenda y afianzará con verdadero vigor la República.

¡Oh! La política sensata es la única política saludable. Leyendo á Maquiavelo observé hace pocos dias este apotegma propio de un inmenso talento político, y del profundo estudio hecho en las sociedades humanas. «¡Cosas difíciles tiene el mundo; pero ninguna tanto como fundar la República en pueblos habituados secularmente á las instituciones monárquicas.» La experiencia ha sido hecha; y está perfecta. Por el camino de las revoluciones; de la intransigencia, de la utopia solo se llega á irreparables catástrofes, mientras que por el camino de las transacciones se llega al afianzamiento de la República y al triunfo de la democracia. Permitidme que vuelva los ojos al sangriento espectro de los recuerdos y de las enseñanzas que há dejado la Comunidad de París.